

«El bochín» de Leónidas Barletta

Todos ustedes conocen el juego de bochas.

Era al caer de la tarde y algo se había bebido. El viejo tomó la bocha y la acarició como si fuera la cabeza monda de un chico. Midió con los ojos la distancia, y avanzando un paso y doblándose hacia el suelo, la echó a rodar con fuerza.

Mientras él se erguía sin levantar los ojos, todos siguieron expectantes la trayectoria de la bocha que rozó apenas la tabla, pasó entre dos bochas rayadas sin tocarlas, y se detuvo suavemente junto al bochín.

—¡Bravo, Pedro!

—¡Así me gusta! —exclamaron los que miraban el partido. Con ese tanto, el partido era suyo pero estaban en catorce a catorce. A don Santiago le quedaba todavía una bocha.

—¡Cristo!

La llevaba en la mano con calculada indiferencia. La mano huesuda del viejo se crispó en la bocha, echó un pie adelante y ajustó el sombrero sobre la frente. Todavía pasó la mano sobre el bigote blanco, como si los pelos hirsutos pudieran molestarle la visión.

Tomó impulso con dos zancadas vacilantes, lanzó reciamente la bocha al aire, y se quedó como si hubiese querido imprimirle dirección con todo el cuerpo.

Se oyó el ruido seco del choque de las bochas, saltó el bochín fuera de la cancha, rebotó, volvió a caer dentro y le dio dos puntos a don Santiago.

—¡Bravo, Santiago!

—¡Así se hace!

La vieja rivalidad del juego se acentuó entre los dos amigos. Don Pedro se adelantó con paso lento, echó una mirada a las bochas, se peinó el bigote con los dedos, y dijo:

—Salió el bochín de la cancha.

—Sí; pero el bochín está en la cancha —replicó Santiago, y se rió sardónicamente.

—Pero salió de la cancha —insistió gravemente don Pedro.

—A usted, don Pedro, no le gusta perder —comentó don Santiago, buscando con la mirada quien lo aprobase.

—Usted tiene que ganar como bueno... —sentenció don Pedro.

—¿Qué me quiere decir? Un bochazo así no lo ha dado usted en toda su vida.

—Cuando yo jugaba a las bochas, usted...

—¡Cristo! Se van a pelear ahora... —intervinieron.

—Que venga don Rosario que hace el juez.

—Lo que él diga será "lo" justo.

Don Rosario, se acercó a la cancha con una sonrisa.

—La bocha pegó en el bochín, lo hizo saltar de la cancha, rebotó afuera y vino a caer otra vez adentro.

Se hizo un breve silencio. Don Rosario sacó del bolsillo del chaleco un medio cigarro, le despegó la estampilla y falló gravemente:

—Si el bochín vuelve solo a la cancha, vale.

Don Pedro se abrochó el saco, y sin despedirse, se volvió para marcharse.

—¿No toma un vaso de vino, don Pedro?

—¡Basta por hoy! ¡Salud!

Cruzó el salón de la cantina, espeso de humo, y salió.

Oscurecía. La calle en declive permitía ver el barrio, gris, suavizado en sombras lilas, con su montón de casitas humildes apeñuscadas.

Nunca había sentido tan viva contrariedad. Con sus setenta y dos años, erguido, fuerte, el bigote chamuscado por el cigarro, las cejas hirsutas, los ojos severos y nobles, cruzados por un pliegue oblicuo del párpado.

Del cielo color de plomo, bajaba un silencio espeso que atenuaba los ruidos.
Empujó la puerta de su casa y en el patio de ladrillos lleno de plantas enmacetadas, hubo un movimiento de sorpresa.
No lo esperaban sin duda; y encontró arracimados a la madre y a sus dos hijos.
El viejo avanzó ceñudo.
—¿Qué hace usted en mi casa? —dijo.
El muchacho, hosco, se puso de pie sin responder. Una crencha de pelo negro le tapaba un ojo.
La vieja se adelantó a protegerle con el cuerpo.
—Pedro, mirá bien lo que hacés
El viejo dijo a modo de réplica:
—Cuando un hombre se va de la casa de sus padres, sólo muerto tiene que volver.
—Papá —dijo la muchacha suavemente—, déjelo ¿No ve que no puede vivir sin nosotros?
¿No ve que vino solo?
Otra vez se sintió derrotado, disminuido, y sin embargo contento. Trató de que no se le conociera en el rostro firme.
Su mujer se le acercó y preguntó con un dejo de angustia:
—¿Lo dejás que se quede, Pedro?
El viejo no contestó. Silencio; silencio hostil del muchacho, silencio doloroso de la madre, ansioso de la hermana.
Por la vieja, por María hubiese consentido; pero que él creyese que había tenido un momento de debilidad le parecía inconcebible.
María volvió a empujarlo hacia la reconciliación, despacito:
—Perdónelo, papá, así volvemos a estar todos juntos. ¡Si volvió solo!
Ya casi no se veían las caras en la oscuridad.
Se oye el estrépito de un carro rodando por el empedrado.
Después silencio. Después una voz alterada que dice:
—Te apuntaste un tanto, María, tenés razón; si el bochín vuelve solo a la cancha, vale.